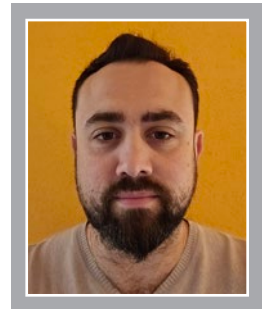

Una pequeña y libre experiencia de sanación

“Se ha dicho que nos curamos de dentro a fuera, pero eso puede ser un proceso lento. Se trata de un viaje profundamente espiritual que hay que emprender con honestidad y confianza en Dios”.
(H. Peter Carroll – Voces Maristas, Capítulo 5)

Daniel Felipelli
Director Ejecutivo de la Fundación Marista
Provincia Cruz del Sur, Argentina



¡Hola queridos Maristas de Champagnat! En estos momentos cumplo los servicios de Docente, coordinador del equipo de Recursos Humanos y miembro del Consejo de Misión provincial.

Debo advertirle al lector que no soy la persona más idónea para escribir acerca del liderazgo espiritual, ni de la sanación; soy frágil, quizás demasiado en estos aspectos. Entiendo que Jesús, como tantas veces, hace de mi fragilidad un instrumento de su amor infinito. Es por ello que he aceptado felizmente este servicio que me han encomendado.

Comenzaré comentando brevemente algunas experiencias que han marcado el camino en lo que concierne a la sanación y al ejercicio del liderazgo en este aspecto:

Desde niño fui criado por mis abuelos, a la sombra de haber nacido justo después de su hijo fallecido. Mi crianza humilde en un barrio periférico me ha ayudado mucho en mi liderazgo, siempre caminando entre gente sencilla y eso me ha dado la posibilidad de descubrir la importancia de las pequeñas cosas de la vida.

Recuerdo siendo niño en la escuela, estar rezándole a, por aquel entonces, Beato Marcelino Champagnat, y pedirle que modelase mi vida, al tiempo que se la ofrecía para lo que me pudiera encomendar. Ahora entiendo que fue allí donde comenzó mi largo camino vocacional. Mi formación pastoral la realicé con los Sacerdotes Operarios Diocesanos, congregación que me dio las ganas de servir por y para la juventud, sin embargo, nunca fui “amigo” de la pastoral tradicional ya que siempre me pareció aburrida y sectaria. El Hermano Peter, en su capítulo de sanación nos recuerda: “en primer lugar está el encuentro” y a mí siempre me cautivó esta parte de la vida de Jesús por lo que la tomé como mi propia manera de vivir y sentir.



Cuando fui creciendo me di cuenta de que, en las ocasiones donde no era aceptado, se generaba en mí una decepción y tristeza desmedida, como un león herido que resolvía todo con ira y con enojo. No podía alejar ese sentimiento de mi corazón, no sabía cómo, y siempre preguntándome cuáles eran las causas de esos estados, no encontraba otra respuesta más que las vivencias de mi infancia. Sin muchas más herramientas, fue pasando el tiempo y me encontraba desarrollando roles de liderazgo dentro de la comunidad. Por momentos llegaba a mi casa frustrado y apesadumbrado, sentía que daba mucho y que lo hacía mal, que no era el líder que merecían los servicios a los cuales me encomendaban. De todas maneras, había algo que me hacía continuar: alguien siempre confiaba en mí, en mi fragilidad, ciertas personas veían luz donde yo veía oscuridad. Citando al H. Peter Carroll: “Palabras sencillas, siempre” (Carroll:97). Así como Jesús restauraba a las personas en su totalidad, me sentía restaurado por Él, cuando las personas decidían confiar en mí a pesar de mis fragilidades.

El proceso de Sanación

Año 2020, inicios de la pandemia del COVID-19 y me encontraba cumpliendo el servicio de liderazgo en tres roles diferentes. Esto implicaba personas a cargo, un estrés desmedido, 25 kilos de sobrepeso, presión arterial alta con tan sólo 35 años. Había perdido a mi padre y a casi todos mis abuelos, mi familia estaba integrada por mi esposa y mis dos hijos. Me sentía apesadumbrado por los conflictos en la gestión con personas, que al igual que yo, no habían sanado y nos “defendíamos” con fiereza, para conservar la poca autoestima y el ego. Día a día, una idea se hacía más recurrente en mis pensamientos: no tenía más tiempo, si quería servir, si quería ser feliz, si quería cumplir mi misión y vivir, debía sanar.

“Jesús podía curar porque él mismo estaba sano” (Carroll:99). Nadie puede dar lo que no tiene; como Jesús dejó claro a sus discípulos: “Convocó a los doce y les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, así como para curar dolencias. Después los envió a proclamar el reino de Dios y a sanar” (Lc 9,1-2).

Comprendí que debía empezar mi viaje espiritual para sanar desde adentro hacia afuera. Tan difícil fue para mí emprender el camino del silencio, cuán complejo era escuchar mi interior y conectarme con Jesús y con ese niño herido que le prometió a Marcelino Champagnat su vida y su servicio.

“Sana tus heridas, acepta tus limitaciones y purifica tus deseos. Supera el egoísmo y la susceptibilidad, y trata de eliminar de tu corazón todo resentimiento” (cf Mt 5, 23-24). Ese fue el comienzo del camino: sanar, aceptar, dejar de lado el ego y el individualismo. Palabras tan sencillas como difíciles de vivir. ¿Cómo se empieza este proceso? Con tiempo... Entendiendo esa pequeña “teología de la lentitud” para sentir y realizar las cosas. ¿Cómo hacer esto siendo argentino, de Buenos Aires, con descendencia napolitana, hiperactivo y ansioso? Lo más importante fue pedir ayuda, así como con el liderazgo, la fragilidad es parte de nuestro mayor tesoro. Reconocerse frágil corre el velo del ego para amar y no sentirnos amenazados, supone el desafío de dejar entrar a los otros y a Jesús a mi vida. No podemos sanar solos, debemos hacerlo con otros y en comunidad, promover esta sanación y trabajar por la paz.

Lo segundo es el Perdón: “Si queremos servir de verdad y sanar a los demás, tenemos que aprender a perdonar y a pedir perdón a los demás” (Carroll:106).

Y lo tercero es la Humildad. En ocasiones las responsabilidades profesionales nos hacen creer que somos infalibles, necesarios y únicos para resolver cuestiones laborales. Los roles de liderazgo nos hacen sentir importantes, la posibilidad de tomar decisiones y coordinar equipos de trabajo. Todo este ego desmedido hace crecer dentro de nosotros una enfermedad mortal: la creencia de que tenemos la razón a todas las respuestas y nadie más la tiene. El camino de la sanación no es posible sin la humildad: aceptar que no poseemos todas las respuestas ni la razón, y que es imposible liderar y servir sin esta característica. “El liderazgo basado en la humildad es abierto y





acogedor. Se compromete a trabajar por los intereses de los demás. Da prioridad a las necesidades de aquellos a los que acompañamos” (Carroll:111).

Como verás, mi querido lector, no he aportado mucho en aspectos teológicos, ni en conceptos bíblicos; he intentado compartirte una porción de mi vida y de mis fortalezas y debilidades. Sólo me he olvidado de un detalle muy importante que deseo que sepas: el humor y la alegría han salvado mi vida. Vivir con alegría y tener sentido del humor han hecho que mi proceso de sanación sea posible, así como el servicio de liderar.

Como te he compartido al inicio de este documento, es y será mi mayor desafío construir un horizonte profético que me guíe como camino de servicio y esperanza para nuestra Misión como Maristas de Champagnat.

Por último, deseo regalarte este párrafo, que nos recuerda que sanar, servir y liderar también son una libre elección:

“Cierta día en que paseaba a caballo por una llanura cerca de Asís, Francisco se cruzó inesperadamente con un leproso. Sintió un horror intenso, pero al recordar que había optado por una vida perfecta, y que por encima de todo debía vencerse a sí mismo si quería ser «soldado de Cristo » (2 tm 2 ,3), saltó del caballo para abrazar al desdichado. Este, que extendía la mano pidiendo solo limosna, recibió, junto con el dinero, un beso.”



Las opiniones expresadas en este documento son las del autor y no reflejan necesariamente los puntos de vista del Instituto Marista.

Si quieres compartir con la Comisión tus ideas, reflexiones o experiencias sobre el liderazgo de servicio y profético a raíz de estas reflexiones, escribe a fms.cimm@fms.it